

MARCO DOCTRINAL DEL DOCUMENTO DE PUEBLA

EDUARDO J. ORTIZ

En el número anterior de SIC hemos analizado diversos aspectos de la opción que han renovado los Obispos Latinoamericanos en Puebla, en favor de los pobres y oprimidos. Algo se ha dicho también entonces de los motivos directamente teológicos que han llevado a la Iglesia a este compromiso. Convendría, sin embargo, detenerse un poco más en este último aspecto. ¿Qué imagen de Cristo y de la Iglesia motiva sus opciones pastorales?

En el plan inicial de los organizadores, se pensaba dedicar un apartado a desarrollar la teología subyacente a los demás documentos. Esa función habría sido cumplida por la Segunda Sección del Documento. Pero diversas circunstancias han hecho que esto no resultara así. Por una parte la dinámica de Puebla que dividió la redacción de los diversos capítulos por comisiones separadas, y por otra parte el compromiso de diversas tendencias reconocidas en la Asamblea, obligan a hablar de diversos marcos doctrinales.

Si los elaboradores de la Sección Segunda hubiesen respirado la atmósfera que invade a algunos otros documentos, ésta hubiera sido notablemente distinta.

Esta constatación nos obliga a descubrir las imágenes de Cristo y de la Iglesia en todo el documento, o mejor en todos los documentos, para hacernos una idea cabal de lo que Puebla pensaba al respecto.

JESUCRISTO

Al hablar de Jesucristo se podía haber elegido un doble punto de partida. En primer lugar se podía haber dado por supuesto todo lo que la ortodoxia ha dicho durante siglos sobre la persona de Jesús de Nazareth, y partiendo de ahí se podía haber avanzado para descubrir qué dice Jesús de Nazareth hoy a los cristianos de Latinoamérica. Esta perspectiva se apunta en el N. 95 pero en realidad no constituye ningún punto de partida de las reflexiones ulteriores que van por otro camino. Siguiendo este enfoque, se habrían analizado las diversas imágenes de la cristología po-

pular, así como las insistencias de la teología latinoamericana en estos últimos años. Este talante auténticamente pastoral habría supuesto un acompañamiento, desde dentro, de las experiencias tan ricas que se están dando actualmente en nuestra Iglesia.

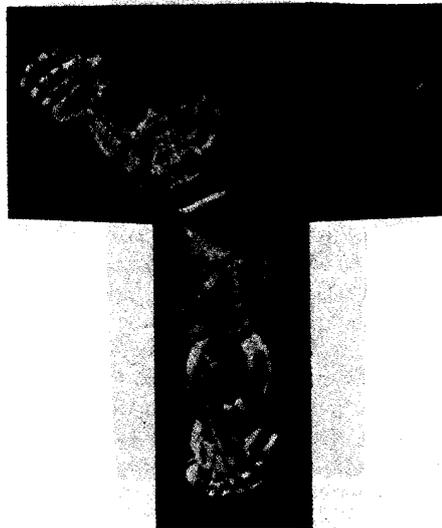
De hecho se ha elegido una segunda alternativa. Se ha preferido repetir -como en un manual intemporal de teología dogmática- lo que ya estaba mucho mejor dicho en otras partes. Con esto lamentablemente, se ha desaprovechado una óptima ocasión para dialogar con una cristología que lleva varios años de marcha y que, sin negar lo que se dice en el documento, va mucho más adelante.

Es importante recalcar esto último. No es que en lo fundamental nadie niegue lo que dice el documento. A pesar de que en varios de sus números se llama la atención sobre presuntas desviaciones cristológicas en la enseñanza, la predicación y la catequesis, es comprensible que nadie se haya dado por aludido, porque estas desviaciones no existen en Latinoamérica más que como temores en las mentes de quienes las han formulado.

Estas deficiencias del proyecto inicial fueron ya percibidas durante la Asamblea por algunos de sus participantes. El

Hermano José Luis Razo, marista, Vice-Presidente de la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR), "sugirió una presentación más vital, más encarnada, más histórica de Jesús y que sea, al mismo tiempo, fruto de la fe de nuestros pueblos en el Señor de nuestra historia... En el texto sometido a estudio, la 'doctrina' que se presenta será de muy poco entusiasmo para los cristianos que en estos últimos años han reconocido en Cristo el centro dinamizador en su compromiso de fe y en su lucha por la justicia. El texto no es suficientemente inspirador, sino que aparece como una recopilación enciclopédica de verdades genéricas. No recoge la reflexión teológica tan rica que se ha hecho en América Latina, tanto la que proviene de las experiencias religiosas populares, como la que ha surgido de las reflexiones más científicamente elaboradas". A última hora se introdujo un número (105) que permanece ahí como testimonio de lo que podía haber sido todo el documento:

"Jesús de Nazareth nació y vivió pobre en medio de su pueblo Israel, compadeciéndose de las multitudes y haciendo el bien a todos. Agobiado por el pecado y por el dolor de su pueblo esperaba la liberación. En medio de ese pueblo Jesús anuncia: 'Se ha cumplido el tiempo; el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en el Evangelio'. Jesús ungido por el Espíritu Santo para anunciar el evangelio a los pobres, para proclamar la libertad a los cautivos, la recuperación de la vista a los ciegos y la liberación de los oprimidos, nos ha entregado en las Bienaventuranzas y el Sermón de la Montaña la gran proclamación de la nueva Ley del Reino de Dios. A las palabras unió Jesús los hechos: acciones maravillosas y actitudes sorprendentes, que muestran que el reino anunciado ya está presente, que él es el signo eficaz de la nueva presencia de Dios en la historia, que es el portador del poder transformante de Dios, que su presencia desenmascara y desposee al maligno, que el amor de Dios redime al mundo creado por El y alborrea ya un hombre nuevo en un mundo nuevo"



En el Mensaje a los pueblos de América Latina, publicado también en Puebla, Jesús aparece como el que se da totalmente y, ante "la magnitud de los desafíos estructurales de nuestra realidad" levanta al que está paralizado y postrado a las puertas del templo. Este mismo Mensaje concluye con una confesión de fe esperanzadora:

"Dios está presente, vivo, en Jesucristo Libertador, en el corazón de América Latina. Creemos en el poder del evangelio. Creemos en la eficacia del valor evangélico de la comunión y de la participación, para generar la creatividad, promover experiencias y nuevos proyectos pastorales. Creemos en la gracia y en el poder del Señor Jesús que penetra la vida y nos impulsa a la conversión y la solidaridad. Creemos en la esperanza que alimenta y fortalece al hombre en su camino..."

También la visión pastoral del contexto socio-cultural contiene unos párrafos de gran fuerza expresiva, donde se nos insta a "reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela" en los rostros de los indígenas, los campesinos, los obreros, los marginados, los desempleados. (N.20; texto com-



pleto en SIC marzo, p. 101).

ECLESIOLOGIA

Más rica es la imagen que Puebla nos ofrece de la Iglesia, con lo que indirectamente se está presentando además una imagen distinta de Cristo, ya que la Iglesia no tiene sentido si no se constituye como continuadora de la misión de Jesús. Tampoco aquí nos vamos a orientar por el esquema preconciliar en espíritu de la Sección Segunda. Adoptaremos otra perspectiva dominante en la Asamblea.

Los Obispos empiezan por pedir perdón. Un gesto que a Dios gracias va apareciendo cada vez con más frecuencia en sus declaraciones, y que es una muestra simbólica de la sinceridad con la que se quiere emprender el camino de conversión.

"Reconocemos que aún estamos lejos de vivir todo lo que predicamos. Por todas nuestras faltas y limitaciones pedimos perdón también nosotros, pastores, a Dios y a nuestros hermanos en la fe y en la humanidad" (Mensaje). Junto a las visiones triunfalistas sobre la labor evangelizadora de la Iglesia durante la Colonia, aquí se reconoce que "el problema de los esclavos africanos no mereció, lamentablemente, suficiente atención evangelizadora y liberadora de la Iglesia" (2). En fin, como contrapartida necesaria del reconocimiento de su defectibilidad, la Iglesia se confiesa aquí dispuesta a aceptar las críticas "porque se sabe limitada" (946). Afirmación que de llevarse a término supondría una revolución en la pequeña política eclesial.

Fiel a esta actitud preliminar, la Iglesia no se presenta a los demás en una actitud impositiva y de exigencia, sino que comienza por preguntarse "¿Qué tenemos para ofrecerles en medio de las graves y complejas cuestiones de nuestra época? ¿De qué manera podemos colaborar al bienestar de nuestros pueblos Latinoamericanos?" (Mensaje).

Y para eso hace falta escuchar. Más de una vez el cristianismo ha presupuesto que lo que él ofrecía servía a los demás. Hoy en cambio cuestionamos nuestra oferta. No es que nos avergoncemos del Evangelio, pero si esta palabra significa "Buena Noticia" no podemos menos que preguntarnos si nuestra proclamación ha sido una "luz intensa para los que caminan en tinieblas, y habitan en tierra de sombras" (Isaías 9.1).

"La Iglesia ha recibido la misión de llevar a los hombres la Buena Noticia. Para el cumplimiento eficaz de esta misión la Iglesia en Latinoamérica siente la necesidad de conocer el pueblo latinoamericano en su contexto histórico, con sus variadas circunstancias" (Introducción al n. 1). "No es posible el cumplimiento de esta

misión sin un esfuerzo permanente de conocimiento de la realidad y de adaptación dinámica, nueva, atractiva, convincente del Mensaje a los hombres de hoy" (48). "Para ello se requiere conocer los símbolos, el lenguaje silencioso, no verbal, del pueblo" (329).

En otras partes se define esta "escucha" como "sincera y acogedora" (988). "La Iglesia se ha ido renovando... a la escucha de las necesidades y esperanzas de los pueblos latinoamericanos" (4).

No hace falta aguzar mucho el oído. Lo que el pueblo no quiere decir sube al cielo como "un clamor cada vez más impetuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que pide justicia" (49).

Por eso la respuesta de la Iglesia no puede diluirse ni hacerse esperar. Y ésta surge nítida en diversas partes del Documento. "El gran ministerio o servicio que la Iglesia presta al mundo y a los hombres en él es la evangelización: ofrecer con hechos y palabras la Buena Noticia de que el Reino de Dios, reino de justicia y de paz, está llegando a los hombres en Jesucristo" (524).

Pero "el contraste notorio e hiriente de los que nada poseen y los que ostentan su opulencia, es un obstáculo insuperable para establecer el Reinado de la paz" (76). Por eso, quien "anuncia un Evangelio sin implicaciones económicas, sociales, culturales y políticas" está imponiendo una "mutilación" que "en la práctica equivale a cierta complicidad - aunque inconsciente- con el orden establecido" (413).

Esto exige una revisión de las solidaridades. Pues aunque el "servicio evangelizador de la Iglesia se dirige a todos los hombres sin distinción, debe reflejarse en él la especial predilección de Jesús por los más pobres y por los que sufren" (169). Y para eso "se requiere ser cada vez más independiente de los poderes del mundo, para así disponer de un amplio espacio de libertad que le permita cumplir su labor apostólica sin interferencias" (81). Más aún "para vivir y anunciar la exigencia de la pobreza cristiana, toda la Iglesia debe revisar sus estructuras y la vida de todos sus miembros, sobre todo de los agentes de pastoral, con miras a una conversión efectiva. Así convertida, podrá eficazmente evangelizar a los pobres" (922).

Se reconoce incluso el "valor constructivo de tensiones sociales que, dentro de las exigencias de la justicia contribuyen para garantizar la libertad y los derechos, especialmente de los más débiles" (989), a imitación de María quien "proclama que 'Dios es vengador de los humildes' y si es el caso 'depone del trono a los soberbios' (Juan Pablo II)" (195).

Por lo demás, el hecho de que esta voz "encuentre frecuentes reservas en ciertos sectores dominantes de poca sensibilidad social, es un signo de que la Iglesia está ocupando su puesto de madre y maestra de todos" (93).

"De todas maneras la Iglesia debe estar dispuesta a asumir con valor y alegría las consecuencias de su misión, lo cual el mundo nunca aceptará sin resistencia" (94). Esta disposición de ánimo debe asumirse "hasta las últimas consecuencias" (416).

Todo esto no se hace para conquistar nuevas posiciones en la sociedad, sino en fiel actitud de servicio. No se pretende poner a las diversas culturas "bajo régimen eclesiástico" (283). La Iglesia "acompaña con profunda simpatía las búsquedas de los hombres, sintoniza con sus anhelos y esperanzas, sin aspirar a otra cosa que servirles, alentando sus esfuerzos e iluminando sus pasos" (82). Teniendo en cuenta que "el mejor servicio al hermano es la evangelización que lo libera de las injusticias, lo promueve integralmente, y lo dispone a realizarse como hijo de Dios" (909), lo que lleva consigo "suprimir las causas y no sólo los efectos de los males" (910).

Esta actitud de servicio penetra también en Puebla al interior de la misma Iglesia. Es difícil encontrar en los documentos colectivos de otros países una imagen tan evangélica de la función del Obispo como la que se nos da en Puebla, sobre todo en el capítulo que trata del ministerio jerárquico (nn.507-563).

"Los pastores están dentro de la familia de Dios, a su servicio. Son hermanos llamados a servir la vida que el Espíritu, libremente, suscita en los demás hermanos. Vida que es deber de los pastores respetar, acoger, orientar y promover. Aunque haya nacido independientemente de sus propias iniciativas. De ahí el necesario cuidado para 'no extinguir el Espíritu ni tener en poco la profecía'. Los Pastores viven para los otros: 'para que tengan vida y la tengan en abundancia'. La tarea de unidad no significa ejercicio de un poder arbitrario. Autoridad es servicio a la vida..." (149).

Frente a una concepción estrecha e inquisitorial del deber de los Obispos de enseñar, Puebla reconoce que en algunos de ellos "falta suficiente actualización pastoral, espiritual y doctrinal; eso produce inseguridad ante los avances teológicos y ante doctrinas erróneas, y provoca un sentimiento de frustración pastoral y aun ciertas crisis de identidad" (521), por lo que se recomienda la "actualización teológica a fin de poder discernir la Verdad" (532).

Esa "identidad en crisis" se ha de recobrar en "una nueva afirmación de la



vida espiritual del ministerio jerárquico, y un servicio preferencial a los pobres" (514).

Volviendo a la misión evangelizadora de la Iglesia, Puebla no se refugia en la postura facilitona de decir a los demás lo que tienen que hacer. Muy por el contrario desea crear dentro de sí modelos-de lo que debe ser la nueva sociedad. "Cada comunidad eclesial de América Latina deberá esforzarse por constituir para el Continente ejemplo de un modo de convivencia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza en el espíritu del Buen Pastor. Donde se viva una actitud diferente frente a la riqueza. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación capaces de abrir brecha y camino hacia un tipo más humano de sociedad. Y sobre todo, donde inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo toda otra forma de comunión puramente humana resulta incapaz de sustentarse y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre" (172). En varias ocasiones se reconoce que las Comunidades Eclesiales de Base cuentan con condiciones particularmente favorables para cumplir esta tarea (65, 467-506).

Así como la eclesiología de Puebla comienza con una nota realista al reconocer las deficiencias de su pasado, tampoco se ocultan las dificultades del presente, y los obstáculos internos que se nos van a presentar en el futuro si queremos ser fieles al compromiso contraído.

"La Iglesia de hoy no es todavía lo que está llamada a ser. Es importante tenerlo en cuenta para evitar una visión triunfalista" (133).

Los Obispos reconocen que entre ellos "hay diferencias de mentalidad y de opiniones, pero vivimos en verdad el prin-

cipio de colegialidad, completándonos los unos a los otros según las capacidades dadas por Dios" (Mensaje). También en el resto de la Iglesia subsisten "dolorosas tensiones doctrinales, pastorales y psicológicas entre agentes pastorales de distintas tendencias, aunque van siendo gradualmente superadas mediante la práctica del diálogo abierto y constructivo" (62).

Lo mismo que se ha dicho de la sociedad en general, se podría decir también aquí que la Iglesia cree en la fecundidad de sus tensiones. Mientras estamos en camino debemos reconocer la limitación de nuestros puntos de vista para no crear una falsa uniformidad que extinga la riqueza de otros carismas (547). "La Iglesia pone en cuestión, como es obvio, aquella universalidad que es sinónimo de nivelación y uniformidad" (302), y "confía más en la fuerza de la verdad y en la educación para la libertad y la responsabilidad, que en prohibiciones; pues su ley es el amor" (85).

Esta apertura le lleva incluso a relativizarse ella misma ante la historia. "Sin afirmar que seamos mejores que otros, que tal vez han respondido con mayor fidelidad al llamado del Señor, tenemos el deber de proclamar la excelencia de nuestra vocación a la Iglesia católica. Vocación que es a la vez inmensa gracia y responsabilidad" (131). Al fin y al cabo, como reafirma Puebla, el "criterio y medida con que Cristo ha de juzgar incluso a quienes no lo hayan conocido" (Mt 25), y la norma por tanto con la que un cristiano debe juzgar a las personas y a las instituciones, consiste en observar si "se dedican a practicar de un modo realista en el mundo de hoy las obras de servicio a los demás" (235).

Esa es la nota más irrenunciable de la verdadera Iglesia de Cristo. □